

AFIRMANDO NUESTRO COMPROMISO CON EL SEÑOR Y SU COMUNIDAD

Hace algunos años decidimos, la pastora y yo, comprometer a trabajar a una iglesia que pastoreábamos de manera interina, ubicada en el noreste de esta ciudad. Decidimos formar una cadena de oración con el propósito de que Dios nos mostrara cómo desarrollar el ministerio de la iglesia para ese año. Hicimos el compromiso de orar por escrito, poniendo en una cinta de papel nuestro nombre y el propósito por el cual nos comprometíamos a orar. Formamos una cadena haciendo un eslabón con cada papel entregado por cada hermano y hermana. Después, pegamos la cadena en una pared del templo, lo suficientemente visible como para que lo recordáramos cada vez que entráramos al templo. Sin embargo, al cabo de las semanas y los meses se nos olvidó siquiera voltear a ver esa cadena, misma que poco a poco se fue rompiendo por el polvo y el viento. “No solo las palabras se las lleva el viento, sino también nuestras letras”. Un domingo una hermana preguntó: ¿Qué ha pasado con la cadena que hicimos? Se rompió y no cumplimos con los compromisos. Un niño como de 10 años, mirando aquella pared dijo: “Cómo no se iba a romper si era de papel”. Es verdad, hay compromisos que son tan débiles como un fino y frágil papel.

Hacer compromisos es una parte natural y necesaria para convivir y progresar en este mundo. La ley prohíbe a los menores contraer ciertos compromisos que ponen en riesgo su integridad y sus vidas, ya que por su inmadurez no son capaces de responder en el día de mañana por lo que afirman en el día de hoy. Sin embargo, a los jóvenes y adultos se les permite contraer matrimonio, hacer negocios, desempeñar trabajos profesionales y votar en elecciones, etc. Además, la ley tiene provisiones para castigar a aquellos que ignoran sus compromisos, ya que perjudican los intereses y compromisos de otros. De la misma manera, ser cristiano es un compromiso y nadie, por ejemplo, debería bautizarse sin entender que sumergirse con Cristo es comprometerse. Además, aceptar un cargo en la iglesia es contraer un compromiso. Pero es frecuente que con el paso del tiempo, se nos olvidan los compromisos y en su lugar queda confusión, falta de dirección y una comodidad paralizante. La ley del universo es que todo tiende a descomponerse con el tiempo y los compromisos, si no se reafirman, se caen. Por lo tanto, la iglesia y cada miembro requerimos la renovación y el avivamiento de las decisiones de la voluntad.

Todos necesitamos avivarnos; como aquella metáfora griega de convertir las ascuas dormidas en llamas, de

refrescar un fuego que está por apagarse o de mantener el fuego en su condición óptima (2ª Tim. 1:6). El cristiano que no se aviva se muere, espiritualmente, con el tiempo. ¿Eres cristiano o sólo religioso? ¿Estás en la fe o eres reprobado? (2ª Cor. 13:5). Si el mundo no ve a Cristo en nosotros, somos reprobados. Nuestro compromiso con Cristo está roto o, por lo menos, cuestionable. Isaías tildó de "generación de malignos" a Judá y llamó el pueblo al arrepentimiento (Isaías 1:2). Con el paso del tiempo, también a nosotros se nos olvidan nuestros compromisos y en su lugar quedan intereses creados, comodidades paralizantes y sueños rotos. Es un suceso natural. No hay que tomar ninguna decisión para que esto suceda. ¿Qué pasó con tu compromiso con Cristo? ¿Amas al Señor?" Cristo renovó el compromiso de Pedro con la pregunta: "¿Me amas?". Al decir Pedro que sí, Cristo le pidió una prueba: "pastorearas mis ovejas". Cristo mide nuestro compromiso por lo que hacemos. "Hermano, que ya no asistes, ¿qué pasó con tu compromiso con el Señor? Si me dices que te ofendieron, debes leer Santiago 3:2 donde dice: "Porque todos ofendemos muchas veces". ¿Cristo te ofendió? Policarpo, discípulo de Juan y pastor de la iglesia de Efeso, murió martirizado en el año 156 d.c. Antes de quemarlo le preguntaron si quería maldecir a Cristo y jurar por Cesar. Policarpo contestó: "Ochenta y seis años le he servido y no me ha hecho ningún daño; ¿cómo, entonces, puedo blasfemar a mi rey que me salvó? Hermanos, Cristo

nos añadió a su iglesia (Hech. 2:47). Marcharnos es faltar a nuestro compromiso con el Señor. Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella (Ef. 5:25). No tenemos excusa. Nuestro compromiso con el Señor exige que amemos a nuestra iglesia y que nos entreguemos por ella. Una encuesta de obreros reveló que sólo un 25% dijeron que estaban trabajando a plena capacidad; 50% trabajaron sólo lo suficiente para conservar su empleo y 75% admitieron que podrían desempeñarse mejor su trabajo. Es problema de compromiso, aunque también, en este caso, de estímulos justos.

¿No estamos crucificados con Cristo, (Gál. 2:20), o hemos abandonado a Cristo y su promesa? Cualquier excusa sirve para faltar a nuestro compromiso. La verdad es que quizá no estamos usando con responsabilidad, o al máximo los talentos que el Señor nos dio para servir en su Reino. Quizá los hemos enterrado y nos hemos convertido en hermosos adornos de la obra del Señor, en el mejor de los casos. Esto solo indica que estamos a años luz de la verdadera transformación que el Señor nos pide en Romanos 12:1,2. Si no nos comprometemos, no tenemos nada (Mateo 5:13). Cuando Pablo iba a Damasco y vio la luz, cuando oyó la voz, cuando estuvo ciego tres días, cuando Ananías lo sanó y le predicó, nació en el corazón de éste un compromiso. Su vida restante se puede resumir a través de la pregunta que le hizo a Cristo camino a

Damasco, "Señor, ¿qué quieres que yo haga? (Hechos 9:6). Si cada día cuando nos levantemos nos hacemos esta pregunta, si no sentimos que nuestra palabra dada y nuestra fe empeñada se cumplen con cabalidad y alegría, entonces, somos metal que resuena o címbalo que retiñe. Entonces, necesitamos obedecer las instrucciones del autor de Hebreos, "Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas; y haced sendas derechas para vuestros pies" (Hebreos 12:12-13). Necesitamos doblar esas rodillas paralizadas en un aposento secreto y renovar nuestros compromisos.